

La «miniguerra» de Nixon contra el crimen organizado UNA PROPUESTA: QUE EL ESTADO PACTE CON EL DELITO

En el mes de abril, el Presidente Nixon lanzó su campaña contra el crimen, que algunos periódicos, no sin ironía, denominaron «la miniguerra de Nixon». El Presidente emitió un programa —refuerzo de la ley, agravación de las penas, extensión de la jurisdicción federal hasta sectores locales hoy inmunes, más poderes para la policía— cuyo objetivo era «el crimen organizado», es decir, esas increíbles entidades que se llaman el Sindicato del Crimen, Murder Inc., la Mafia o la Cosa Nostra. En el mes de agosto, el espectacular asesinato del que han sido víctimas Sharon Tate y sus compañeros ha constituido una batalla perdida en esa miniguerra. No puede decirse que el múltiple asesinato de Los Angeles esté directamente unido a una organización criminal, pero en el contexto de Nixon resulta que nada ocurre en el mundo criminal de los Estados Unidos por azar, y todo está ligado a la creación general de una sociedad podrida. Las drogas, que tan estrechamente ligadas están a tal asesinato, están enteramente controladas, producidas, importadas y vendidas por el Sindicato, que tiene un auténtico servicio de propaganda, o de relaciones públicas, para extender su uso y crear un mercado. «No es accidental —escribía hace poco el columnista Joseph Alsop— que el cuarenta por ciento de los muchachos de las escuelas de Harlem experimenten o utilicen drogas como la heroína. No es accidental que, según nos dicen cada mañana los periódicos, en las escuelas de los barrios residenciales, en las universidades, se extienda cada día más el uso de la droga».

Para muchos especialistas del tema, la declaración de guerra es ya tardía y cualquier acción contra el crimen organizado resulta inútil. Es la conclusión a la que llega el profesor Do-

La «Comisión contra el Crimen», creada por Robert Kennedy, marcó un hito en la lucha que hoy tímidamente prosigue Nixon.



La inmensa fuerza de la Cosa Nostra no es más que la heredera de los grandes aventureros del crimen como Capone, Colossimo y los «muchachos» de entonces.



naid R. Cressy, de la Universidad de California, en su libro «Una nación robada» («Theft of a Nation»), cuya tesis es que el crecimiento de la Cosa Nostra es tal que está fuera del alcance del brazo de la justicia. Su propuesta es que se llegue a un pacto. En los términos de ese pacto, la Cosa Nostra se comprometería a suprimir la corrupción política, el mercado de la droga y los juegos clandestinos y, a cambio de ello, recibiría directamente un porcentaje directo del juego legal en la nación de forma que sus ingresos actuales resultasen respetados... Las cifras de negocios de la Cosa Nostra son, naturalmente, secretas, pero se especula sobre ellas. El fiscal general John Mitchell ha dado como muy probable la de 50.000 millones de dólares al año, la mitad de los cuales se dedican a la corrupción política. Cressy estima que la contribución de la Cosa Nostra a la última campaña presidencial ha sido de un veinticinco por ciento de los gastos totales. Otras fuentes consideran elevado el cálculo del fiscal, pero ninguna estima en menos de 20.000 millones de dólares —un billón cuatrocientos mil millones de pesetas— la cifra de negocios de la organización del crimen. Parece que la conclusión pesimista de Cressy no es exagerada. No se trata ya de la capacidad de defensas que puede tener a su disposición una cantidad de dinero tal que supera los presupuestos nacionales de muchos países, sino que para obtener tal dinero se ha infiltrado de tal modo en la maquinaria de la nación

y de sus instituciones que parece ya completamente imposible expulsarla y lo mejor que se puede hacer es pactar con ella. Otro pesimista, Elliot Richardson, cuando aún no era secretario de Estado, sino fiscal general de Massachusetts, propuso combatir la Cosa Nostra mediante la legalización y la libertad del juego, que haría ya inútil las apuestas, las loterías y los garitos clandestinos de la organización y le darían un golpe económico. Hoy, otras personalidades proponen incluso la venta libre de ciertas drogas consideradas como menores, que serían controladas por el Estado, como lo son, actualmente, el tabaco y el alcohol. La base de esta idea es que los «gangs» de Chicago desaparecieron cuando se abolió la Ley Seca. Los problemas que entraña esta propuesta son varios. El primero es que, dada la capacidad de influencia de la Cosa Nostra, no se llegará nunca a la legalización del juego y las drogas. El segundo que, si se consigue, el Estado, la nación, el país, habrán asumido simplemente la moral del crimen, la habrán aceptado y oficializado, en lugar de erradicarla. La tercera crítica es de orden histórico: los «gangs» de Chicago no desaparecieron realmente con la abolición de la Ley Seca, sino que evolucionaron, adoptaron otros métodos y se transformaron: la prueba está en la inmensa fuerza de esta organización actual, que no es más que la heredera de los grandes aventureros del crimen como Capone, Colossimo y los «muchachos» de entonces.

La mayor parte de los elementos de la «miniguerra» de Nixon son anteriores a su administración. Fue el fiscal general (ministro de Justicia) Robert Kennedy, bajo la presidencia de su hermano John, quien creó la «Comisión contra el Crimen», y la impetuosidad de estos dos hermanos les incluyó a actuar muy directamente en su represión, según el informe emitido por la Comisión. El hecho de que los dos fuesen asesinados no es sin duda indiferente al género de lucha en que se habían comprometido. Un editorial del «Washington Post» (25 de abril), comentando el programa de Nixon, incluía este párrafo explicativo del estado de la situación en la lucha contra el crimen organizado: «Sus dirigentes (los del Sindicato del Crimen) son ricos y poderosos; sus víctimas yacen en el paisaje, arruinadas económicamente algunas, algunas destruidas moralmente y otras, simplemente, muertas».

El programa de Nixon puede considerarse como apenas un intento más en una lucha que comenzó hace quince años, tuvo un excelente momento en la época Kennedy, decayó luego, reapareció en otro programa emitido por Johnson en 1966 —elaborado por su ministro de Justicia, Ramsey Clark— y ahora surge de nuevo con la «miniguerra» de Nixon, prácticamente basada en las premisas de Johnson, pero, sin duda, escasamente útil dada la capacidad de poder de las organizaciones criminales.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Revriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.